

## Aula 15: Grito tu nombre ("I Call Your Name")

Concentro toda mi capacidad de escucha en las cuerdas mientras las toco. Poco a poco, como en una melodía afinada, el instrumento responde a los acordes de prueba. Cuando uno puede hacer la faena con celeridad y buen oficio, se agradece. Y más si es el escenario para los conciertos del *Shin Abakabu*, en Shibuya. ¡Quién me iba a decir que volvería a aquel lugar para trabajar, no para ir de juerga! Después de abandonar mi vida anterior con los *Knights*, mi cuenta corriente empieza a recuperarse del varapalo sufrido. Encima, haciendo lo que me gusta. Las cosas no pueden ir mejor.

¡Un saludo a todos! Soy Kasuga Izumi. Estoy a punto de cumplir 17 años dentro de unos días. ¡Me encuentro en plena forma!

Mientras acabo de ajustar el piano al compás de las notas de "Soundscape To Ardor" de Sagisu Shirō, recuerdo una escena acontecida una semana y algo atrás. Más en concreto, el del retraso de la sesión de fotos, justo antes de iniciar la *Golden Week*. Al llegar al *Shin ABCB*, Máster me estaba esperando con expresión grave y un lenguaje corporal que indicaba enfado. Cuando me invitó a un lugar apartado, me estaba temiendo lo peor. En especial, cuando me cuestionó, con voz grave, por el motivo de mi tardanza. Sin embargo, tras un silencio pesado e insoportable, fue el mismo quien respondió por mí: "¡No me lo digas! ¡Ha sido por culpa de una chica!". Mi cabeza gacha y mi cara, ruborizada, hablaban sí mismas en aquel instante. Máster no pudo contener una carcajada al haber acertado la razón. Para quitar hierro al asunto y hacerse perdonar, apostilló una frase tópica: "¡Quién pillara vuestra edad!". Sin embargo, todavía no puedo olvidar el mal rato que me hizo pasar. Ni la vergüenza.

A pesar de que los sábados por la noche el local cuelga el *sold out*, hoy estoy de suerte. He podido concluir mi jornada laboral antes. Y menos mal que suelo dejar la cena preparada antes de venir hacia aquí. Al salir, busco un lugar desde el cual poder teletransportarme sin problemas. Por desgracia, acontece lo inesperado. Inesperado porque, al haber salido más pronto, la posibilidad de encuentros inoportunos crece. Y también, por quien me localiza allí: es Amateratsu. La pregunta aparece de inmediato en mi mente: ¿Qué demonios hace ella en Shibuya cuando su padre tiene su estudio en Akihabara? Sin embargo, el saludo correspondiente y lo que contemplo, idiotizado, la borran con más facilidad que una goma sobre un trazo de lápiz. Está realmente preciosa: viste una camisa blanca un poco abierta, una chaqueta negra de punto, unos tejados ceñidos azul oscuro y unos zapatos planos negros. El pelo lo lleva recogido en una coleta. Y sobre su cuello pende un colgante con una piedra de jade:

–Kasuga-san, despierta.

–Sumimasen, Amateratsu-kun. Es que estás... deslumbrante.

–Eso ha sonado demasiado pervertido y *hentaion* –¡qué mona que está cuando me lo dice con esa mirada ligeramente desviada y avergonzada!–. Parece que me estás proponiendo ir a un *love hotel* o que me acuses de practicar el *enkō*.

–Iie, iie. En absoluto. Es que... estás tan guapa que resulta raro que ningún chico se te quede mirando.

–Eso ya suena más a cumplido, aunque me cueste creerlo. Por cierto, ¿que haces tu por aquí? –me inquiere cambiando el tono de voz, casi de interrogatorio policial.

–Lo mismo te iba a preguntar yo a ti –suerte que, para estos casos, ya tengo una excusa preparada... Mi abuelo me ha pedido que le lleve una serie de imágenes para una retrospectiva a un marchante y expositor de la zona. Podría haber ido él mismo, pero estaba ocupado con otras cosas. ¿Y ese colgante? –le pregunto para desviar el tema y evitar un interrogatorio incómodo.

–Es una pieza de jade que me regaló la gente del pueblo de mi padre para ahuyentar a los malos espíritus.

–¿Y tu padre?

–Como siempre, atendiendo un encargo de fin de semana. Se ha llevado a mis hermanos pequeños. Y para no variar, me ha mandado de recadera. Por eso me ves aquí.

De repente, un rugido rompe la conversación. Encuentro el origen al ver como Amateratsu aparta un poco la mirada, teñida de rojo. Al preguntarle desde cuando no come, me confiesa que lleva unas cuantas horas. Decidido. Había un deseo que quería cumplir. Y aprovechando que le debo el *White Day* y que le hice pasar un mal rato durante la sesión de fotos, la invito a cenar. Añado que no será en un sitio caro... sino, más bien, diferente.

No muy lejos de donde está el *Shin ABCB*, en pleno Aoyama Dori, se sitúa El Castellano, un restaurante de comida española. Dicen de nosotros que sentimos pasión por España. Pero no somos conscientes de la que, por ejemplo, ellos sienten por nuestra cultura y nuestra gastronomía. El lugar resulta peculiar nada más entrar: las paredes están decoradas con dedicatorias escritas en rotulador, tanto en español como en japonés. Por descontado, no faltan los típicos objetos del país para vestirlo: toros, flamenco y guitarras españolas. Sin embargo, lo que más destaca es su comida y sus vinos. A pesar de la distancia, no falta casi de nada.

Ambos nos sentamos en las sillas, de madera y mimbre, y colocamos los brazos sobre el mantel, a cuadros azul celeste y oscuro. Amateratsu me mira con expresión temerosa y un poco temerosa:

–¿No será muy caro? Lo digo porque ya sabes que la cocina europea tiene esa reputación.

–Al contrario, no te preocupes. Es más, hacía mucho que no venía aquí.

–¿Y eso?

–Cuando estuve en Barcelona, siendo más pequeño, descubrí la cocina mediterránea. Mis padres quedaron tan encantados que, en cuanto supieron que había un restaurante que ofrecía esa comida en pleno centro de Shibuya, no dudaron en traernos a mí y a mis hermanos. De hecho, ese hallazgo fue de lo poco bueno que aconteció. De lo demás... prefiero no acordarme.

En efecto: en el transcurso de aquel viaje, mis padres estuvieron a punto de separarse. Si no llega a ser por aquella versión de mi madre, más joven. Me pregunto si habrá tenido suerte y habrá podido reencontrarse con mi padre en su dimensión. Una vez más, me estoy desconectando de la realidad. Y es Amateratsu quien me devuelve a ésta con una pregunta al respecto de una cosa llamada ‘lentejas’. Le

explico que son de la misma familia que las judías pero que tienen sus problemas. Añado, haciendo un poco de broma, que estofadas están buenísimas, a pesar de que te dan ciertos ‘aires de grandeza’. Quien me acompaña se queda observándome con expresión de no haber captado la ironía. Después, tira para adelante y pide un plato. Pobrecita, no sabe lo que le espera. Por mi parte, opto por una paella. No tiene ni punto de comparación con las de allí, pero peor es nada.

Y no me equivoco. Tras la cena, mientras caminamos a través del Aoyama Dori, Amateratsu lo pasa mal para contenerse. Su recto es lo más parecido a un cañón de nitrógeno en plena actividad de disparo. Sufre bastante para soltar sus flatulencias sin llamar la atención, tanto auditiva como olfativamente. Al final, decido apartarla del bullicio y llevármela a un lugar que ambos conocemos, pero que hace mucho que no visitamos a causa de las circunstancias: el *Giradō Ian*. Justo en la puerta, quien me acompaña se ruboriza aún más. Estoy seguro de que todavía recuerda aquel *cheek time* tan nefasto para mí, pero tan dulce para ella.

Sin embargo, hablando de encuentros nefastos... Una pareja que justo en ese instante sale del local, me reconoce y se pega a la pared como una lapa. Por lo que me toca, también los identifico: son Yamashita, un futuro cliente del sistema penal del país; y Aragawa, una auténtica profesional del arte del *enkō*... y del de las esquinas. Ambos tienen sus razones para estar asustados: en el caso de él, dos apelativos, ‘fantasma’ y ‘bocazas’, encajan perfectamente en su perfil. Mucho ruido y pocas nueces. Si no fuera porque ya me las tuve con él una vez. En el caso de ella, la cosa fue muuucho peor. Me utilizó para quitarse de encima a su ex. Sólo que éste era el jefe de una poderosa banda rival de los *Knights*. El cumplido más suave que le pega es ‘petarda’. Al final, se quedó compuesta y sin nadie. Me sorprende verlos juntos, aunque reconozco que son como el hambre y las ganas de comer.

El saludo de ambos es temeroso, asustado, sostenido por un hilo de voz casi imperceptible. Sin embargo, cuando observan quien me acompaña, se envalentonan. El primero me pregunta que hago con una chiquilla que a esa hora debería estar en casa “con mamá y papá”. Añade que he caído muy bajo, ya que he llegado a alternar con auténticas bellezas... que ostentaban un alto grado de golfería. Lo peor llega a continuación: la segunda me recuerda que era un buen semental y, dirigiéndose a Amateratsu, le comenta que pasará conmigo “una noche en el cielo”. Apostilla que soy todo un fenómeno en la ‘faena’. Eso duele. Duele que quien me acompaña tenga que empezar a conocer mi pasado de esa manera. Y me escuece especialmente la desconfianza que pueda surgir, en el futuro, entre ambos con semejantes antecedentes. Me parece que voy a acabar lamentando haber salido antes del *Shin ABCB*. Si lo llego a saber, me quedo más rato.

No obstante, mis pensamientos vuelven a errar una vez más. La reacción de quien me acompaña no es de vergüenza... sino de vehemencia y fiereza. Tanta que me sorprende. Les increpa cuestionándoles quiénes son ellos para opinar. Añade que ni soy un caballo ni un *gigoló*. Se ha cabreado de verdad. Y, de repente, se da la sensación. Olvidada, ya que la última vez que la percibí fue el verano anterior, cuando coincidimos en la piscina del club deportivo y en el rescate en la playa. Al notar que su energía está a punto de meternos en un lío de proporciones mayúsculas,

la cojo de la mano y me la llevo escaleras abajo. Detenidos en la puerta de entrada, jadeando, ambos recuperamos el resuello. Todavía chilla y los increpa. Me pregunta si no voy a decirles nada para defenderme. Respondo que no hace falta y le doy las gracias: ella ya lo ha hecho por mi. Si la llevo a dejar un par de minutos más con esos dos, habrían dado con sus huesos en el hospital... y nosotros con los nuestros en la comisaria.

Se la abro y le hago pasar al interior. A diferencia de la vez anterior, la música acompaña y envuelve el ambiente. A esa hora, la actividad del *Giradō Ian* se concentra en las mesas, no en la pista de baile. Los dos tomamos asiento. La camarera, que me conoce, nos saluda y me recuerda que no pasaba por allí desde hacía tiempo. En concreto, desde la noche del arresto, algo más de un año atrás. Tras pedir las bebidas, justo cuando se marcha, Amateratsu me lo rememora de manera inconsciente al preguntarme si volveremos pronto a casa. Se lo prometo solemnemente con un comentario contundente: no tengo ganas de pasarme otra noche en el calabozo.

Mientras bebemos, quien me acompaña se suelta el pelo. En más de un sentido. Y no sólo en el físico, deshaciéndose la coleta. Me narra sus problemas con su padre y el tema ‘dedo pulgar’. Me cuenta que, desde siempre; éste no ha dejado de cercenar, cortar o torpedear cualquier intento de relación, sin importar que fuera una simple amistad. Añade que nunca ha podido comprender sus razones. Las múltiples mudanzas sufridas le han ayudado aún más. Al entrar en los detalles, empiezo a comprender el grado de soledad brutal que ha padecido. Y a sospechar el porqué de tantos traslados: la energía tan extraña pero tan similar a la de nuestra familia que ella desprende.

La cosa se complica al romperse el silencio momentáneo que se ha creado. Me dice que, como ella, tengo un hermano gemelo. Lo que me faltaba: está bebida. Y eso que el combinado que estamos bebiendo tiene sólo unas gotas de alcohol. El tema va a más cuando, tras pedir otra copa, retoma su confesión y me suelta que en su vida lo único que aparecen son macarras y gamberros. Intenta hacerse perdonar con un comentario absolutorio que me borra de ese *ranking*. Por desgracia, algo de razón tiene. Y mucho me temo que los comentarios en la puerta de Yamashita y Aragawa la han encendido como la mecha de un cohete.

Una hora y algo después, me la tengo que llevar a rastras del *Giradō Ian* y disculparme ante el *staff* del local. Está completamente borracha. Sigue gritando. Tengo que tapparle la boca para no alertar a la policía y que mi proyecto de recuperación económica se vaya al traste. Ambos nos movemos por calles poco concurridas y callejones que a cualquier otro le darían miedo. Amaterastu sigue jurando en arameo, menospreciando a los macarras y a los pandilleros. Los considera escoria que no merece vivir. Nos detenemos. Ya no puedo más. Tengo que teletransportarla conmigo hasta su casa. No sólo para evitar un lío mayor. Sino porque mis oídos ya no pueden aguantar la tortura de la verdad. Si hay algo que la experiencia me ha enseñado es que ni los borrachos ni los niños mienten.

No obstante, no va a ser tan fácil. Amateratsu, a pesar de la tremenda borrachera que acarrea, se ha dado cuenta de que sus palabras hieren como una *dōtanuki* bien

afilada. Una vez más, trata de disculpase y absolverme tachándome de la lista de macarras y delincuentes... Después, empieza a magrearme el paquete, a tratar de quitarme el cinturón de los pantalones y desabrocharme la camisa, y a intentar besarme. Quiere enrollarse conmigo... a fondo. Justo en ese instante, una avalancha de relámpagos de luz ilumina mi mente: la tira de gomas que me entregó Saitō aquella noche, mi arresto, los acontecimientos de la excursión en la playa, los celos de Nakahara, las peleas con mi hermana Akemi a ése respecto... Trato de alejarme de ella, detenerla y resistirme. Pero me cuesta muchísimo. En principio, pienso que son los efectos del alcohol, que la han desinhibido completamente.

Pero no. De nuevo, me equivoco. Detecto esa energía siniestra que me persiguió el verano pasado en la playa y que la ha poseído. Y más cuando se pone violenta y trata de empujarme contra la pared para vencer mi resistencia. Un detalle me llama la atención: el colgante de jade empieza a brillar. Por desgracia, eso no me sirve. No me deja otra. Con una llave de *jūdō*, me desembarazó de ella y la inmovilizo. Lo malo es que sólo dura un instante. Después, vuelve a tratar de echarse encima mío. Esquivando sus embestidas, acabo por comprender que tendré que utilizar los movimientos de *aikidō* para evitar hacerle el mayor daño posible. Y así es: aprovechando el uso desbocado de su energía a mi favor, y tras unas cuantas proyecciones, llega la acción que la lanza contra la pared... y la deja inconsciente.

Tras noquearla, me la llevo con la teletransportación hasta la *Green House*. Suerte que, a esas horas, la policía todavía no ha salido a patrullar para ver quien puede estar en la calle y quien no. La fortuna sigue acompañándome cuando llego a su apartamento. No hay nadie. Lamentablemente, la cosa vuelve a ser igual de delicada que antaño: tengo que desnudarla para ponerle el pijama, dejarme de tonterías *hentaionas*, y borrar mi rastro para no levantar sospechas. Mientras la cambio, un hematoma en su brazo, de la colección que ha cosechado en el incidente, me llama la atención. No tiene buena pinta. Diez minutos más tarde, concluyo el delicado proceso de vestirla. Tras echarle un último vistazo, y a pesar del inmenso quebradero de cabeza que me ha dado y lo que ha llegado a soltar, le doy un beso en la frente. No sé la razón, pero a ella puedo perdonárselo. Tal vez porque le debo mucho. De todas formas, el temor de que vuelva la tormenta a mi interior, tras lo sucedido está tarde, aparece de nuevo.

Domingo. Día de descanso para algunos. Para mi resulta especialmente largo. Sobre todo porque anoche caí rendido en la cama y me abandoné a un sueño de lo más profundo. Tanto, que cuando me despierto ya es mediodía. ¡¿Cómo?! La explicación: un abuso total y absoluto de mis poderes. Al llegar a la cocina, me encuentro con mi padre, leyendo como siempre la prensa. La casa está en silencio. No se escucha ni a mi hermano, que ha dejado la cama deshecha, ni a mi hermana. A pesar de que mi padre no puede leerme la mente, trato de olvidar lo acontecido ayer. Pero no voy a poder.

A continuación, le pregunto por ellos. Como era de esperar, Kenji campa por sus respetos en el parque, ahora que sus ‘problemas’ han desaparecido. Y Akemi... Akemi ha tenido que marcharse corriendo al hospital. La hija de Amateratsu Daigo está ingresada allí por un ‘pequeño’ accidente. Tiene un brazo escayolado y diversas

contusiones como consecuencia de una caída inoportuna. Aunque un poco sospechosa. Añade que ha tenido que llamar él mismo a su padre, y que éste se ha mostrado muy contrariado y enfadado. No pasan ni cinco segundos antes de cuestionarle por las razones por las que no me han avisado. *Otōsan* se defiende: ha sido Akemi la primera en conocer la noticia, a través de Nakahara. Añade que él se ha enterado por la nota que le ha dejado antes de marcharse sobre la cocina, y ha estimado oportuno avisarlo, ya que ella *no tiene* celular. No entiende cómo es posible eso. Remata la explicación con un consejo disuasivo: no hace falta que vaya. Mi hermana acaba de llamarle hace un rato para comentarle que le van a dar el alta en breve.

Me sirvo un vaso de leche de soja para aterrizar en la realidad. La verdad es que Akemi me ha hecho un gran favor. Si hubiera ido al hospital, no hubiera sabido con qué cara mirarla tras lo acontecido ayer. Me hace gracia que, siendo amigos desde hace tantos años, mi padre no entienda la razón por la cual el de Amateratsu desconoce que ella tiene móvil. Si éste último llegase a enterarse, se lo hubiera requisado de inmediato. Y está claro que no va a contarle la verdad. No quiere perder a sus amigas por culpa de otra mudanza. *Otōsan* rompe la disertación revolviéndome el pelo. Sospecha que algo ronda por mi cabeza. Aunque ya no soy un niño, tengo que aceptar ese gesto de afecto para no alarmarlo. Me pide que vaya a buscar a Kenji al parque. Nos vamos a Yokohama. Manami-*nechan* nos acaba de llamar para invitarnos a comer en el Ikkoku. Mi hermana ira desde el hospital. Todo por la comida de su tía. Genial. Por si no tenía suficiente con tener que proteger mi mente de ellos, encima la tendré que guardar de mis primos, auténticos chafarderos natos.

Lunes. Empieza una nueva semana que no sé si será de llanto y crujir de dientes. Nunca antes el sonido del despertador me había resultado tan desagradable. Ayer volví a caer rendido en la cama tras tener que ejecutar un despliegue de energías brutal y evitar que me leyeran la mente. Fue tan poderoso que Tía Manami se dio cuenta. Suerte que pude salir del paso con una excusa rápida y coherente. Aún así, la mueca de preocupación que pude adivinar en su rostro al despedirnos no me deja tranquilo. Es más, en cualquier momento es capaz de llamar a *oyagi-san* para comentárselo.

El encuentro con los demás se convierte en una colisión frontal. Aunque la otra implicada está todavía convaleciente y no ha venido, lo que escucho por el camino me resulta insufrible. Mi hermana, Nakahara y Genda comentan la jugada y especulan sobre intento de violación y/o secuestro, el perfil del sospechoso, las circunstancias, el lugar, si la habían drogado o no, la elevada tasa de alcohol en sangre... Es el terrible dolor que produce saber la verdad pero no poder contarla. A esa hora de la mañana, todavía no soy consciente de que el peor trago está a punto de servirse.

Porque justo cuando vamos a entrar al edificio de Bachillerato, tropezamos con la figura de Watanabe-*sensei*: “¡Kasuga Izumi, a mi despacho inmediatamente!”. Son las únicas palabras que salen de su boca. Queman tanto que parecen expulsadas por un lanzallamas. Tras soltarlas, se da la media vuelta y se dirige, con pasos estruendosos y fuertes, hacia allí. Su lenguaje corporal no miente: está como una fiera

enjaulada y hambrienta. Si la soltasen, no dudaría en zamparse lo que se le pusiera por delante. Mi hermana y mis amigos me miran con cara de pasmo y sorpresa. No entienden la citación cuando creen que no he ejecutado ninguna acción punible. Prometo reunirme con ellos después de la entrevista... si queda algo de mi.

Bingo: la directora está furiosa. Casi chillando, confiesa que en su dilatada trayectoria no recuerda haber acumulado tantos conflictos y tan gordos en un lapso de tiempo tan corto. Añade que si me ha llamado otra vez es porque casi siempre he estado en el epicentro. Y apostilla con una frase que no se si debo considerar un sermón o un halago: “Cada vez tengo más claro que voy a tener más trabajo contigo que el que tuvo mi antecesor con tu madre”. Me pregunta si no tengo nada que decir. Está en lo cierto: no es que no tenga que añadir nada, es que no debo añadir nada. En parte porque no puedo revelarles la verdad. No se lo creería de ninguna de las maneras. Y en parte porque haber tenido que reducir a Amateratsu de esa manera no es lo habitual en mí. De hecho, la elección era difícil: “agresor” a secas o “presunto agresor sexual”. En el estado de posesión en el que estaba no se hubiera detenido. Jamás.

El encuentro me ha aplanado el ánimo de tal manera que, a la hora del patio, decido evadirme de todo el mundo... y cambiar la táctica. En lugar de refugiarme en la azotea del edificio bachillerato, lo hago en el de secundaria, dónde estudia mi hermano Kenji. Rezo para que no me encuentre. Mientras contemplo las nubes del cielo, acepto mi realidad. Tengo miedo no de Amateratsu, sino de tener que volver a hacerle daño para detenerla. Y de las consecuencias que se podrían desencadenar si vuelve a aquel estado. No quiero perderla. Le debo mucho. Por desgracia, ahora mismo no me atrevo ni tan siquiera a mirarla. Me rindo a la evidencia: la depresión borrascosa me ha vuelto a atrapar. Vuelve a arreciar como antaño. Y, al igual que entonces, no tengo con quien poder hablarlo. No encuentro un salvavidas ni sé qué hacer. Acaso podría con mi madre, más ajena al tema de los poderes y un poco más receptiva. Lamentablemente, ahora mismo está demasiado lejos de aquí. Y, de todas formas, casi lo olvidaba: el asunto también tiene un gran componente tabú para ella.

Pasan los días. Amateratsu ya ha vuelto a las clases, sólo que en lugar de utilizar papel y bolígrafo, utiliza una grabadora para no perder el hilo de la explicación. Tiene fracturado y enyesado el brazo de escribir. Muchos compañeros se toman a chiste el hecho de que utilice un artefacto tan desfasado. Sin embargo, conozco muy bien la razón: no quiere, a toda costa, que su padre se entere de que tiene móvil. Trato de mantenerme a distancia y en silencio cuando nos encontramos, pero me resulta violento. Ella también anda de capa caída. Intenta disimularlo pero, al igual que un servidor, le cuesta horrores. Tampoco puede explicar la verdad de su ‘accidente’, ya que hacerlo implicaría otra mudanza para ella... y, acaso antes, una fuerte discusión con sus ‘futuras ex amigas’. Finalmente, el momento comprometido acaba por producirse. En una de las mañanas, mientras desayunamos, Akemi me pregunta si estoy enfadado con alguien. Antes de que pueda abrir la boca, añade que Genda es quien le ha pedido que me lo pregunte, ya que se ha dado cuenta de que evito a mi compañera como si fuera una apestada. Mal momento el elegido para la cuestión. Y más con Kenji y mi padre delante. No me queda otra: despliego mi poder para evitar

lecturas de mente ajenas hasta tal punto que logro enojar a *oyagi-san*. Me da igual que me eche la bronca por irresponsable. Mantener el secreto de lo sucedido el sábado anterior es prioritario.

El hecho de tenerme que ir a trabajar al *Shin ABCB* pronto me ayuda bastante a evitar más líos. La coartada: ayudar a un colega que tiene un local de ensayos a afinar los equipos de sonido de las bandas que pasan por allí. Siempre como un favor personal, nunca como un oficio remunerado. No hay que olvidar la estúpida prohibición del *Kōryō* que mi madre padeció en su momento, aún hoy vigente. Afortunadamente, siempre encuentro algún momento para estudiar y repasar las materias. Por desgracia, desde el incidente con *Amateratsu*, no encuentro las fuerzas para aprovechar esos instantes. Incluso Máster se ha dado cuenta sólo que, de momento, no interviene. Justo durante uno de esos instantes de desconexión de la realidad, mi móvil recibe un *meru*. Antes de cogerlo pienso que será *spam*. Sin embargo, al abrirlo, me quedo sorprendido. Es *Amateratsu* quien me lo manda. En éste, me pide perdón por lo sucedido. Me explica porqué ella también ha guardado silencio, y la bronca que le pegó su padre por no haberla avisado. Añade que, tras lo acontecido, se está planteando levantarle la prohibición de tener móvil. Sin embargo, algo le dice que será restringido. Después de tantos años, ya sabe qué pie calza.

El tacto de un periódico golpea sobre mi pelo. Escucho a alguien carraspear a mi espalda. Es mi jefe. Me adelanto a su posible reacción y le pido disculpas por distraerme. No obstante, en lugar de mantener un rostro severo, sonrío hasta acercarse a la risa. No quiere preguntarme ni profundizar, pero sus palabras dan en la diana sobre lo que me sucede:

—Acaso me equivoco, pero creo que te ha pasado algo con alguien y no quieres explicarlo.

—*Iie*, no se trata de eso.

—*Onegai*, *Kasuga-kun*, no intentes tomarme el pelo, que soy más mayor que tu.

—Está bien Máster, has acertado.

—Ja, ja, ja, ja. Aún me acuerdo cuando *Ayukawa-kun* se enfadaba con tu padre. Te aseguro que sus cabreos eran terroríficos y duraban bastantes días.

—¿Y cómo lo solucionaban?

—Igual que entonces. Con un consejo: sea lo que sea que haya sucedido con la otra parte, dále un respiro para poder hablarlo juntos. ¿A qué estás esperando para responder? Ah, y que conste que el consejo no es mío, sino de mi mujer.

Justo ahí está el problema. No podemos hablarlo así como así. No puedo comentarle que intentó echar un polvo conmigo en medio de la calle. Ni decirle que estaba poseída por una energía similar a la que posee la gente de nuestro pueblo. Ni que tuve que proyectarla varias veces hasta noquearla para que se quedara quietecita. Por lo pronto, lo único que sí puedo hacer es pedirle perdón. Y ejercer un voto de sinceridad que le haga comprender que tampoco me encuentro bien tras lo sucedido. Sólo que todavía no he encontrado el momento adecuado. Finalmente, sólo soy capaz de responder a su *meru*, con un “*Gomen nasai*”.

Casi sin darme cuenta, llega el sábado. Y la jornada empieza con un *meru* en mi móvil de Genda. Es una invitación para una reunión sorpresa. El punto de encuentro

esta vez es la estación. Añade que espera que no se repita lo de la cena de un mes atrás. Tras salir de mi habitación y empezar a preparar los desayunos, me encuentro con mi hermana. Me comenta que *otōsan* sigue durmiendo porque anoche llegó tarde de la redacción. A continuación, le pregunto si ha recibido el mensaje de parte de Genda. Niega con la cabeza, aunque añade que ella ha recibido uno de Nakahara con el mismo contenido. Casi olvidaba que, aunque somos amigos, seguimos funcionando chicos por un lado chicas por el otro. Al cabo de un rato, respondemos afirmativamente.

No puedo negarlo: la espera me resulta de lo más tensa. No sólo porque no sé cómo va a transcurrir todo. Sino porque desconocemos en qué consiste el plan. No obstante, una sonrisa picarona asoma en el rostro de Akemi. Aunque no pueda ni tenga ganas de leerle la mente, sospecho que algo tiene que saber al respecto. La bolsa que lleva encima reafirma ese pensamiento. Al cabo de un rato suena su celular. Nakahara está al otro lado de la línea. Nos pide que nos dirijamos hacia su casa. Todos nos aguardan allí.

Cuando llegamos, una salva de explosiones de confeti nos recibe al grito de “¡Feliz cumpleaños!”. ¡Oh, ¿Como es posible que me haya olvidado de mi propio cumpleaños y, lo peor, del de mi hermana?! Todos nos saludamos de manera efusiva. Y entonces se da el momento. Amaterastu sonrío. Pero no de una manera forzada. Al contrario: reconozco esa sonrisa. Es cálida, natural, en absoluto impostada. La misma que me ofreció el día de la playa, cuando me tomó de la mano para la sesión de fotos a parte. Se nota que casi ha olvidado el incidente. Decidido: merece un respiro bien largo. Decido bajar la guardia y sonreír con franqueza para borrar la hostilidad que ha existido entre ambos. De paso, para enfriarme un poco y que me dé el aire, les pido a mis amigos que me permitan ir a buscar el regalo de Akemi. Prometo no desaparecer.

Tras el banquete, aderezado con un poco de *sake* obtenido ‘bajo cuerda’, se reparten los regalos. Por parte de mis amigos y mi hermana recibo una sudadera de entrenamiento oficial de los New York *Yankees*. Por su parte, ellos le regalan a mi hermana algo muy útil: material para que pueda componer y escribir, y un afinador para las cuerdas del piano. En mi caso, le regalo un disco de vinilo de su banda favorita. Sin embargo, la lluvia de objetos aún no se ha detenido: Genda añade un sobre misterioso y le pide, enrojecido por la bebida y la vergüenza, que no lo abra hasta que llegue a casa. Por su parte, Amateratsu se disculpa mientras me entrega algo a mi: es tan torpe y despistada que casi había olvidado que Akemi y yo somos mellizos. Ha sido ella quien se lo ha recordado. Al abrirlo, me quedo ligeramente extrañado. Al igual que el resto. Es un retrato del parque ubicado junto a la *Green House*, donde nos conocimos, enmarcado en cristal. Algo, en apariencia, inocente. Hasta que presto atención al detalle: la imagen está tomada hacia las escaleras, en el mismo momento del día en el que nos encontramos por primera vez. Me está diciendo “cuando la mires, no olvides colocarme en el interior”.

Ha sido una gran tarde. Al volver ambos a casa, *otōsan* y Kenji nos están esperando. Con una sonrisa en los labios, mi padre nos comenta que mañana celebraremos el cumpleaños en familia... Y que habrá una gran sorpresa. A continuación, me pide que vaya a la *Green House* a devolverle al padre de Amateratsu un objetivo y un par de lentes que éste le había prestado. Agrega que no

me retrase para la cena. Él no puede ir, ya que tiene que volver a la redacción para completar tareas que han quedado pendientes. Suerte que, esta vez, será Akemi quien la va a preparar. Justo en ese instante tengo una idea para relajar la tensión que se ha suscitado con mi compañera: decido llevarle los apuntes con las notas que he tomado de las asignaturas, durante su ausencia. Le ayudaran a estudiar.

Me encamino hacia la *Green House* a través de los 99/100 escalones. Asumo el hecho de que será un visto y no visto, ya que supongo que esta vez sí estarán su padre y sus hermanos. Cuando paso por el parque, no puedo evitar recordar sus palabras mientras me abrazaba en el columpio. ¡Ojalá todo fuese menos complicado! Por desgracia, también tengo que respetar los sentimientos de Nakahara hacia mi. No quiero que se repita lo que pasó con Fujiwara hace ya mucho tiempo, casi al empezar la secundaria.

Timbro un par de veces. Y la sorpresa empieza a tomar cuerpo cuando reconozco, a través de la cristalera opaca del recibidor, la figura que se acerca a abrir. No es el padre de Amateratsu. Al contrario, es ella. Me sorprende que, tras lo sucedido la semana pasada, la haya vuelto a dejar sola. Como es lógico, le cuesta abrir la puerta con una sola mano. Y, como siempre, me recibe con una sonrisa cálida. No puedo negarlo: me resulta tan encantadora que casi me derribo cuando la veo. Dejo los utensilios prestados sobre la mesa y pregunto por su progenitor y sus hermanos. Una vez más, los temas de trabajo le han obligado a marcharse este fin de semana a Nagano. Tras ofrecerme asiento en el comedor y un te, nos quedamos en silencio. Después de lo que ha sucedido, no sabemos qué decirnos. Hasta que un objeto rompe el hielo. Un álbum de fotos abierto sobre la mesa:

–¡Anda, si yo conozco ese lugar!

–Esta imagen es de cuando *otōsan* era joven. Seguramente se la sacó *okāsan*. Lo que no sé es dónde.

–Yo te lo puedo decir. Lo que hay al fondo del lago son las islas Hombre y Mujer. Es cerca del pueblo de mis abuelos.

–Ahora me explico que hacen él, tu padre y el mío en esta otra foto –indica una instantánea tomada con la Roca Tengu nevada al fondo, junto al lago–. Ahora que te veo más de cerca, eres clavado a tu padre cuando era joven.

Sus palabras me avergüenzan un poco. Ha sido su manera de decirme que me encuentra atractivo. Para relajar la tensión del comentario, sigue pasando las fotos. Son los paisajes que rodean el pueblo de mi familia paterna. De repente, Amateratsu se detiene en una en concreto. En ésta aparece una chica bastante joven. Al observarla detenidamente, no me doy cuenta de que estoy a punto de realizar un gran descubrimiento:

–Es *okāsan*, cuando era joven. Falleció al nacer mis hermanos gemelos. Está en una casa con un molino de agua.

–Sé perfectamente cual es. Es la de Takashi-*ojīchan*. Antes perteneció a mis bisabuelos. Lo cual significa que tu padre, el mío y mi abuelo son amigos desde hace mucho tiempo.

–*Hai*. Mis padres se conocieron por casualidad allí, en Nīgata. En aquella época eran fotógrafos *amateurs* muy modestos. Ambos estaban recogiendo imágenes de

aquellos paisajes. Ir al pueblo de tus abuelos era su manera de celebrar su encuentro.

–Lo que no entiendo es porqué mi padre nunca me ha contado nada al respecto.

–Tal vez porque la familia del mío siempre ha sido muy tradicional. De hecho, mi padre se enfrentó a mi abuelo cuando me adoptaron...

–¿Adoptaron?

–*Hai*. Me adoptaron siendo un bebé. Dicen que mi madre biológica tuvo un accidente y que nací casi de milagro. Justamente mis padres estaban en el pueblo y decidieron hacerse cargo de mi.

–O sea, que el enfrentamiento vino provocado porque la familia de tu padre no aceptó tu adopción.

–*Iie*. Más bien el problema estuvo en que mi padre se negó en redondo a hacer que mi madre renunciase a su vocación fotográfica, para ocuparse del hogar y de mi. Como ya te he comentado antes, su familia ha sido siempre muy tradicional. Por suerte, tu abuelo y tu padre les apoyaron mucho en aquellos momentos.

–Supongo que lo hicieron porqué se sentían identificados –*Amateratsu* me observa con ojos románticos, lo cual me ruboriza un poco–. *Kyōko-bāchan* siempre me ha explicado que la familia de mi padre también eran muy fieles a la tradición, sobretodo mi bisabuelo.

Las fotos se suceden. En estas aparecen sus padres, sus hermanos y ella. Las imágenes recogen los mil y un rincones que tiene Japón. Esa visión me hace sospechar que mi compañera se ha mudado varias veces. Y tengo curiosidad por saber la razón:

–Se nota que viajáis mucho.

–Bueno... no puede decirse exactamente eso. Algunas de las fotos son imágenes privadas de mi padre, cuando ha tenido que atender encargos. Sin embargo, otras son de los sitios donde hemos vivido.

–¿Cuántas veces os habéis mudado?

–Creo que... unas siete u ocho veces.

–¿Y eso?

–A veces por temas de trabajo de mi padre y otras... por mi culpa.

–¿Y que se supone que hacías de malo?

–Eh... Cosas... raras...

–¿Cosas raras?

–Es que... no puedo explicártelo.

Ni falta que hace. Las piezas empiezan a encajar como en un cubo Rubik. *Amateratsu* es adoptada y, posiblemente, provenga del mismo pueblo que mis antepasados. Ahora me explico porqué no puedo leerle la mente. Porqué emana de ella una energía tan similar a la nuestra sólo que distinta. Porqué su padre la sobreprotege de esa manera. Y que son esas ‘cosas raras’ que dice que ha hecho. Desconozco la razón, pero creo que *oyagi-san* y *Takashi-ōjīchan* saben algo que no quieren contarme. Y eso sí que no me gusta lo más mínimo.

El sonido del teléfono rompe la vital disertación en la que estaba encerrado. *Amateratsu* lo coge y, antes de que ella pueda abrir la boca, me acerco hacia el aparato en un claro gesto de saber perfectamente quien me llama. Sólo que, en esta ocasión, yerro un poco: es mi hermana la que me recuerda que la cena está a punto.

Asiento y le digo que enseguida estaré allí. Mi compañera es comprensiva a ese respecto. Sabe que, si me quedase más rato, generaría pensamientos absurdos y ambiguos entre nuestros amigos. Ambos nos despedimos hasta el lunes.

Y llega el domingo. El cansancio acumulado de la semana y las emociones vividas consiguen que olvide casi por completo los hallazgos de la noche anterior. Al levantarnos, comprobamos que nuestro padre no está. Ciertamente era que había dejado tareas pendientes por hacer en la redacción pero no nos dijo nada de que le ocuparían toda la noche. Los tres desayunamos con preocupación. Hasta que suena el teléfono y lo cojo. *Otōsan*, desde el otro lado de la línea, nos comenta que vayamos al restaurante de nuestros tíos en Yokohama, en tren. *Ellos* lo harán desde otro lugar. Que raro. Ha dicho “ellos”. No puede ser. *Okāsan* está en Toronto trabajando sobre los encargos pendientes. Entonces, ¿quién va a venir con mi padre?

La figura de mi madre, entrando junto a mi padre en el Ikkoku, es la imagen que inmortaliza ese momento. Ella era la sorpresa que nos había prometido. Literalmente, nos echamos encima suyo, ilusionados por su inesperada presencia. Ojalá todas fueran como ésa.

## Fin del capítulo

### Cajón desastre de comentarios

Hola de nuevo a tod@s. Por fin esta sección tiene título. Iba a haberla titulado *Ultra especial de tonterías*, pero Takaya Natsuki no hubiera estado muy de acuerdo (de todas formas, *arigatō gozaimasu* por darme la idea, mientras releía *Fruits Basket*). Hace unos días que se celebró el XVII Salón del Manga de Barcelona. Bueno, más bien sería (el último) en La Farga de L'Hospitalet de Llobregat, que está al lado. A partir del año que viene la denominación sí será correcta. Sin embargo, echaré algunas cosas en falta, en especial el Auditorio donde se celebraban las proyecciones. De esta edición recomiendo muy especialmente *Colorful* de Keīchi Hara, Anime basado en una novela de gran éxito en Japón; *La leyenda del dragón milenario*, muy vistosa y entretenida; y un curioso ejercicio de visionado: *Yojimbo*, del maestro Akira Kurosawa y *A fistful of dollars (Por un puñado de dólares)*, del padre del *spaghetti western* Sergio Leone. Os aseguro que vais a sorprenderos mucho con las coincidencias.

Por otro lado, debo decir aquello de “No hay mal que por bien no venga”. Como consecuencia de mi mala pata (en este caso llamada inflamación en el tendón de Aquiles), he tenido bastante tiempo para poder escribir este capítulo del *Fan fic* sin agobios y, de paso, desconectar un poco del otro proyecto en el que trabajo en paralelo. Lo peor de todo es el reposo y tener los movimientos limitados. Es especial, si eres un culo inquieto.

Nos encontramos en el próximo capítulo

Vize Yoshi, 19 de noviembre de 2011.